

CAPÍTULO IV

Transición religiosa.—El cristianismo deduce las consecuencias de las premisas sentadas por el politeísmo y la filosofía: condenación de la humanidad.

I

En principio, el politeísmo ha reconocido que la noción del derecho se deriva de la dignidad del hombre. Realmente, no ha sabido desenvolver esta noción; muy por el contrario, la perdió por la garantía exterior y superior que él prestaba á la Justicia.

Para los cristianos, que consideran el politeísmo como la obra del demonio, este desenlace es perfectamente natural; para nosotros es un fenómeno gravísimo, siendo el politeísmo una religión bajo el mismo título que el cristianismo.

No cabe dudar que el imperio, producto fatal del politeísmo, aceleró la disolución, tanto más cuanto que buscó apoyo en la restauración de las ideas religiosas. Por vez primera quedó al descubierto la impotencia de las dos magnas instituciones: el Estado y la Iglesia.

Tan crítica situación reclamaba un remedio

que, traspasando la mitología y la política y dirigiéndose á la conciencia del género humano, atacara el mal en su origen. La filosofía acudió en primer término.

Estoicos, pitagóricos, cínicos: en el fondo, estas tres sectas profesaban idéntico credo y tenían plena conciencia de su obra. Con máximas diferentes, con un misticismo más ó menos pronunciado, cada cual era clasificado en una categoría de oyentes: la filosofía del Pórtico, más sabia, más severa, otorgaba á las clases altas sus carismas; la de Diógenes, más ruda, prefería al pueblo; la de Pitágoras, á las almas religiosas.

Estoicos, pitagóricos y cínicos fueron los verdaderos precursores de Cristo.

Salvar á la vez la civilización y la libertad, la conciencia y la razón; fundar la Justicia, que el politeísmo se había limitado á saludar, ignorando cómo descubrir su fórmula; abolir la esclavitud y la miseria; crear, en fin, la moral que todos deseaban y sentían, pero que la sabiduría de los antiguos había dejado sin principio: ¡qué programa! ¡qué misión!...

La obra reformista comenzó por la religión. Ésta era la piedra de contraste, contra la cual debía la conciencia de la humanidad estrellarse por segunda vez. Los novadores de la era actiaca comprendieron perfectamente cuanto de monstruoso para el siglo había en los cultos establecidos. Despreciando una idolatría licenciosa, sin inge-

nuidad y sin buena fe, juzgaban, y las consecuencias demuestran si tenían ó no razón, que ante todo debía podarse el árbol inmenso del politeísmo.

Empero pensaron, impugnando los simulacros con todas las supersticiones y fábulas á ellos anejas, que convenía mantener, como base de la ciencia de las costumbres, la noción teológica, la antinomia del hombre y de Dios: á divorciar éstos fué en sus inicios la reforma.

«Los estoicos reputaron la filosofía juntamente como la ciencia de las cosas divinas y humanas, la contemplación del Ser infinito y el estudio práctico de la virtud.

»Concebían la materia como el principio pasivo de las cosas; mientras que Dios, que se une á ella como el alma al cuerpo, es su principio activo, su causa ó su razón suficiente.

»El mundo es animado, viviente; Dios es el alma; mas como esta alma se identifica en el fondo con la materia, el mundo es Dios, y Dios es el mundo.»

«La regla suprema de las costumbres prescribe vivir en conformidad con la naturaleza universal. El bien, como el deber, consiste en la voluntad de permanecer constantemente fiel á las leyes de la Naturaleza.» (Tissot, *Histoire de la philosophie.*)

La filosofía alemana de lo absoluto no va más allá.

Como el Pórtico, aboca al dogma de la fatalidad y se resuelve en el quietismo.

Por lo demás, la moral de los estoicos abunda en máximas estupendas. Ya conocemos su lema: «*Sustine et abstine*: paciencia y aislamiento.» «No hay otro bien que la virtud—decían—ni otro mal que el vicio; aun el dolor nada es. ¡Cosa inaudita para los paganos! Musonio Rufo defiende todo lazo de amor fuera del matrimonio.

«La intemperancia—exclama—es una gran ocasión de pecar: guardaos de ella dos veces cada día. Evitad las palabras obscenas, porque ellas conducen á las acciones. Tened una sola costumbre (consejo renovado por el Evangelio, *Marc.*, X, 9). Tras de una buena acción, ha concluido el esfuerzo que haya costado; empero resta el placer de haberla ejecutado; después de una mala acción, la delectación que causa es fugacísima y subsiste la vergüenza.»

Caracteriza á los estoicos su afán incesante de predicar la probidad, la frugalidad, el imperio sobre sí mismo, las *buenas obras*, la *humanidad*, la *filantropía*, y á despecho de su dureza, más aparente que real, la *misericordia*. Ellos son quienes introdujeron en el lenguaje del vulgo esas palabras sacramentales, legadas por la antigüedad, y que el cristianismo reivindicó hoy como su idea propia. Á fuerza de elevarse, la moral estoica es tirante, hasta orgullosa, efecto de las circunstancias en medio de las cuales se produce. El cristianismo

hállase lejos de este vigor, y digan lo que quieran los apologistas, no pueden compararse con dicha filosofía. Ni los Evangelios ni las *Epístolas* están á la altura de Séneca, de Epicteto, de Marco Aurelio, de Persa. Pasado el primer entusiasmo del estoicismo, la moral, apoyándose siempre sobre un principio fuera de la Naturaleza, debía por fuerza retroceder.

El error de los estoicos consistió, ya lo hemos dicho, en renovar la hipótesis trascendental. En este orden, la labor de sus sucesores ha sido casi nula. *Conócete á ti mismo, Nada es excesivo, Adora á Dios*; he aquí tres preceptos que el estoico identifica. «*En obedecer á Dios se basa la libertad*—dice Séneca—. *No hay hombre honrado sin religión*—asevera en otro pasaje—: la virtud humana no puede sostenerse sin la asistencia de la Divinidad: *Neque enim potest tanta res sine adminiculo numinis stare.* (Eps. 41 y 75.) Piensa que Dios te mira y que el espectáculo más grato para Él es el del hombre honrado luchando con la adversidad.»

¡La mirada de Dios! la virtud estoica no puede prescindir de esta aureola; ha menester de ella. ¿Dónde estás, casto Epicuro, que dices que, no ocupándose de los hombres los dioses, aquéllos deben obrar el bien sin ocuparse de éstos?

La filosofía estoica fué mal acogida. Incúlpase la de comprometer, por su teoría del alma del mundo, la libertad, ya sepultada bajo el despotismo; dicese que encarecía demasiado la resignación,

cuando singularmente predicaba la resistencia. Muy al contrario, su moral parece hartamente enérgica, su fe hartamente racionadora; el sabio que ella había concebido era, aun en el seno de Dios, hasta independiente y fuerte. ¡Sentíanse tan débiles las almas opresas! Asustábalas ese Dios infinito, absoluto, solidario; le querían más cerca, más solícito de ellas, en comunión más frecuente.

Acaso habrían adelantado más si el estoicismo y el pitagorismo se hubiesen fusionado en una misma doctrina.

«La escuela de Pitágoras, más teológica que la de Zenón, acercaba más al hombre á la Divinidad; mantenía más vivo el sentimiento de la veneración religiosa, y por efecto de una lógica menos severa, prestábase de mejor grado á las prácticas externas del culto. Abandonaba al hombre menos á sí mismo; ayudábale á sostener su virtud y á guardar el equilibrio de su alma por el ayuno, por la frugalidad de la vida, por las prácticas religiosas...» (Franz de Champagny, *Les Césars*, t. II.)

Empero ayuntar la serpiente con la paloma sería más fácil que llevar á cabo la fusión de ambas sectas. Los estoicos debían acusar á los sectarios de Pitágoras de suscitar de nuevo la superstición y las farsas del sacerdocio, mientras que éstos censuraban á sus rivales de inclinarse á la impiedad, al ateísmo. Era imposible toda transacción.

No nos detengamos en la escuela de los cínicos. La razón práctica, antes como ahora, pedía una

solución; la vena religiosa, todavía no agotada, produjo otra. Presentóse el cristianismo. ¿Qué era éste? ¿de dónde surgía? No perderemos el tiempo respondiendo á estas dos preguntas; habremos de limitarnos á decir que se propagó rápidamente, por las mismas exigencias de su posición.

II

La historia del establecimiento del cristianismo puede resumirse en breves páginas.

Obedeciendo á la ley de las oposiciones fatales, que establece que todo sistema agotado debe ser reemplazado por su contrario, el cristianismo erigióse en impugnador de la religión decaída. No preguntéis si comprende su época, si se comprende á sí mismo. Niega el paganismo: á éste acusa de la disolución social: he aquí su idea fija, he aquí su plan.

«Han transformado (los idólatras)—dice el Apóstol—la gloria de Dios incorruptible en simulacros de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos, de serpientes; han colocado á la criatura en el lugar del Creador, á quien deben todos los siglos bendecir. Amén. Por esto Dios les ha entregado á las pasiones de sus almas, á la impureza, al impetu de su abominable sentido. Por esto les ve-

mos plenos de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad, de envidia, de homicidio, de enredos y de mentiras; embusteros, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios, criminales, sin respeto hacia sus padres, sin razón, sin comedimiento, sin caridad, sin fe ni ley.» (*Rom.*, I, 23-31.)

Este índice nada presenta de filosófico: respira la calumnia y el odio. ¿Qué aguardar de los reformadores que proceden con tamaña circunspección, tan moderadamente?

Así el cristianismo, en la conciencia que profesa de sí mismo, no es una conciliación, como pretendieron los emperadores; tampoco es una evolución, según habíanse propuesto Apolonio y Jesús: *Legem non solvere, sed adimplere*: es una antítesis.

Ahora bien; como toda antítesis no puede, por su naturaleza, dar más que una idea incompleta; como, por otra parte, toda reacción, en el orden moral y en el físico, es igual á la acción, era desde luego lícito prever que la nueva fórmula no contendría, como las otras, más que una parte de verdad, si algo de verdad había en ella, y además, que radicalizaría en la evolución de su principio tanto como el politeísmo lo había verificado con el suyo, lo que significa que concluiría por una catástrofe semejante.

Proseguiremos la historia de la palingenesia cristiana.

Ya que no surgía de la idea religiosa, y que se

persistía en considerar el principio trascendental como indispensable á la constitución de la Justicia, el cristianismo debía ante todo depurar el concepto teológico y santificar, por decirlo así, á la Divinidad, deshonrada por la revolución anterior. Así, recorría la ruta iniciada por la filosofía; nada de original había, pues, en su obra.

Un Dios libre de todo atributo físico y antropomórfico, purgado de todos los escándalos de que los antiguos habían culpado inocentemente á sus Inmortales; un Dios infinitamente santo, pero distinto de la materia, causa de toda mancilla; un Dios principio y verdadero sujeto de la Justicia, que comunica al hombre su gracia, tal debía ser, según la ley de contradicción histórica, y tal fué, en efecto, el primer artículo de la fe cristiana.

Adviértese desde este punto lo que servirá á la Iglesia, apenas formada, para evolucionar su dogma á través del dédalo de las opiniones que presto hará surgir este primer dato y para constituir su ortodoxia. Su regla de fe, su criterio, será la contradicción del paganismo, ó más propiamente, la ruina del sistema pagano y la separación del cristianismo de todas las teogonías anteriores. Así, cuando más tarde, y en conformidad con esta regla, el dogma de la Trinidad se precisa en su rigor metafísico, de las tres personas á quienes se confía la función depuradora, el Espíritu recibe por excelencia la calificación de santo: *Credo in Spiritum Sanctum et vivificantem.*

III

Mas aquí surge una cuestión erizada de peligros.

Si Dios era declarado puro é inocente de las iniquidades en castigo de las cuales el diluvio inundó la tierra, y no pudiendo cargar la responsabilidad del mal cometido sobre los antiguos dioses que, según la Biblia y San Pablo, eran simples futesas, vanas imágenes de las criaturas, ¿sobre quién recaerá ella?

En semejante estado de ideas y de cosas, el cristianismo no podía eludir este problema: antes bien, debía forzosamente resolverlo. El estoicismo, el pitagorismo, por no haberlo solucionado, no se abrieron paso. La explicación del origen del mal, de la primera caída, era la condición *sine qua non* de la nueva religión.

Ahora bien; aceptada en principio la idea de Dios trino, la explicación surgía por sí sola.

Sólo el hombre podía ser el culpable, solución tanto más satisfactoria cuanto que presupone la libertad. ¿Cómo el hombre, criatura inocente de Dios, llegó á delinquir? ¿Cómo, por un primer abuso de su libre arbitrio, ha degenerado hasta el extremo de ser incapaz por sí mismo de toda justicia? He aquí un misterio inexplicable, pero que

atestigua suficientemente la corrupción creciente, y si vale la frase, constitucional, crónica del hombre. ¿Á qué época se remonta esta decadencia? Todos los mitos la refieren á la edad de oro.

El cristianismo afirma, en su consecuencia, el principio de la caída: este fué su segundo artículo de fe. Después se encarga de la expiación: he aquí su tercer artículo. Todo el cristianismo se resume en esta trilogía: Dios creador, Dios mediador ó expiator, Dios santificador. Lo demás es realmente accesorio.

De esta suerte, del espectáculo de la disolución social combinado con la idea de Dios adoptada por principio de la Justicia, nace el dogma terrible que enseña que el hombre es fundamentalmente perverso, inclinado al mal; que hay escasas, muy escasas personas honestas, ó para hablar con más propiedad, no hay, ninguna, etc. En resumen, siendo Dios *a priori* substancia y sujeto de la Justicia, el hombre es el sujeto del pecado; ó en otros términos, declarándose al hombre corrompido y malo por naturaleza, el cetro de la Justicia debe ser puesto en las manos de Dios: esto es geométrico.

Traduzcamos este pensamiento en términos generales: tocaremos de cerca el germen de todas las esclavitudes y abominaciones de la tierra.

El problema de la Justicia, hemos dicho en otro lugar, resulta de la oposición entre la sociedad y el individuo. La Justicia es el nexo de subordinación que los une.

En virtud del principio que asevera que el todo vale más que la parte y que el miembro es para el animal, no el animal para el hombre, implica contradicción suponer á la sociedad en pugna contra el individuo; únicamente éste puede declararse en rebeldía contra aquélla: así nos lo testimonia la experiencia. La sociedad, por sí misma, es santa, impecable. Todas las teorías comunistas, atribuyendo al individuo el desorden social, suponen *a priori* esta impecabilidad. En efecto, naciendo egoista, y por ende libre el individuo, no obstante su destino social, todo peligro procede de él: exclusivamente de él se deriva el mal. Frente á frente de la sociedad que le rodea y le manda, la situación del hombre es, en realidad de verdad, la de un ser inferior, peligroso, nocivo, y como nunca puede despojarse de su individualidad y abdicar su egoísmo, el espíritu de rebelión que le anima, no acertando á convertirse en una expresión adecuada de la sociedad, es en orden á ella prevaricador de origen, degenerado.

En lenguaje teológico, la santidad esencial de Dios, fórmula simbólica de la sociedad, implica la degradación original del hombre, y recíprocamente, la hipótesis más ó menos empírica de la perversidad innata del hombre, conduce á la concepción de Dios. Ambas proposiciones se completan; he aquí el único nexo lógico que une al hombre con el Ser Supremo.

Ahora bien; quien dice Dios ó caducidad, dice

implicitamente Iglesia, sacerdocio, orden, obediencia; dice expiación, redención, gracia; dice, en fin, cristianismo, ya que á menos de afirmar el reinado del mal, la Iglesia, el sacerdocio, y por mediación de éste la expiación y la recuperación de la gracia, son los únicos medios de implantar y consolidar acá en el mundo la Justicia.

Consecuentemente, toda religión ó casi religión, cualquiera que sea su ídolo ó su primera hipótesis, y que comienza por afirmar teológicamente á Dios y abstractamente á la sociedad; toda Iglesia que se fundamenta en uno de estos dos términos, como la contrafigura de la Justicia y de las costumbres y que á este título exige respeto y obediencia de su adicto; esta Iglesia, decimos, esa religión, esa escuela niegan el derecho individual; sostienen el pecado original, ni más ni menos que el cristianismo; es antiliberal y contrarrevolucionaria.

Citaremos dos ejemplos.

IV

Juan Reynaud, después de refutar en su última obra *Tierra y cielo* el mito de Eva y de la manzana, harto grosero, según parece, para su razón, prosigue en estos términos:

«Cualesquiera que sean en el justo la especie y las circunstancias de la primera falta cometida, no reconoceré menos que esta culpa constituye un

fenómeno capital en los anales de la tierra. En su virtud, opérase una revolución, se transforma el régimen del planeta: el principio del mal, absolutamente extraño hasta entonces á tal residencia, introdúcese y echa los fundamentos de su reino terrible. El instante es solemne, y para Dios, que mide y calcula los acontecimientos, no en sus apariencias, sino en sus efectos, hay allí un golpe prodigioso, que no procede de él. Dios condena, pues, porque ve en este solo término la caída de todos los hombres y toda la serie de sus futuros extravíos...» (*Terre et Ciel*, pág. 205.)

¿Qué diferencia, para un espíritu filosófico, entre la teología de Juan Reynaud y la del sacerdote á quien él procura adoctrinar? De buena fe, el dogma cristiano nos habla de la manzana ó del pecado; ¿por qué está de acuerdo sobre el fruto, y no mejor sobre la desobediencia de que aquél fué objeto? ¿Merece la pena de censurar el relato bíblico para concluir en seguida dogmáticamente como la Iglesia?

Otro ejemplo todavía más instructivo.

Entre las sectas novísimas, ninguna ha impugnado con tanta pujanza como la de los sansimonianos el dogma de la caída. En su fogosa negación ha llegado hasta divinizar el principio al que la antigua teología atribuía la causa del pecado, á saber, la carne. ¡Igual santidad de la carne y del espíritu, del alma y del cuerpo! he aquí el punto de partida del sansimonismo.

«Dios es todo lo que es, inteligencia y materia, todo lo que puede verse y todo lo que puede comprenderse. Todo es en Él y por Él. Ninguno de nosotros está fuera de Él, empero ninguno somos Él. Cada uno de nosotros vive de su vida, y todos nos comunicamos en Él.»

Según otra exégesis:

«El Dios cristiano encárnase sólo en Cristo; el Dios sansimoniano se encarna en la humanidad.»

Tal es el dogma renovado de San Pablo, de Spinoza, etc. Todo en nosotros, pues, el cuerpo como el alma, participa de la naturaleza divina: parece que debemos ser al abrigo de toda caducidad. Empero esto no es nada: la divinidad de la carne, como la del espíritu, no nos salvará de la degradación.

Tras de la rehabilitación de la carne, descubrimos en la doctrina cuyo *leader* es M. Infantín dos extremos: el principio jerárquico, adoptado como ley del organismo social, y la fórmula de jerarquía: *A cada uno según su capacidad, á cada capacidad según sus obras.*

Ahora bien; ¿quién es el juez de la capacidad y de la obra? El sacerdote, la pareja sacerdotal, representando por su androginia la dualidad substancial de Dios; el sacerdote, iniciador y jefe de la religión. Sobre la judicatura sacerdotal ha fundado la jerarquía sansimoniana.

¡JUEZ DE LA CAPACIDAD!... Prostérnate, Iglesia de Cristo. Tú no has humillado más que la carne;

la Iglesia de Saint-Simón humilla el espíritu. Según tu doctrina, los malos instintos de la carne tienen la culpa de nuestra caída; según Saint-Simón, ó mejor, según M. Infantín, su vicario, debemos atribuirlo á las falsas sugerencias de nuestro entendimiento. Tú quieres castigar el cuerpo y cuanto se relaciona con él; la novísima disciplina dirígese á la conciencia. «La disparidad social—asevera la revelación cristiana—es el efecto de la revolución de los sentidos.» «¡Error!—contesta Infantín—; ella resulta de la imperfección necesaria del juicio.» «*Conócete á ti mismo*», había dicho el oráculo de Delfos. «Es inútil—replica la sabiduría infantilina—: el sacerdote, el hombre del amor y de la síntesis, es quien os conoce y aprecia mejor que vosotros sabríais hacerlo. ¡Bebed y comed, pues; engordad, procread y enriqueceos: lo demás no debe importaros!»

De esta suerte, el sansimonismo redúcese á un golpe de báscula. Anteriormente á él, la carne y todas las afecciones inspiradas por ella habían sido sacrificadas á la salud del alma, partícula del soplo divino: ahora sacrificase la dignidad del *yo* por el acuerdo del sacerdote á la conservación de la carne, parte del cuerpo de Dios, lo que implica siempre degradación, más aún, la peor de las degradaciones.

«¡Hombre—predica la Iglesia de Cristo—, has caído por la concupiscencia; obedece mis preceptos y salvaré tu alma para la eternidad!»

«¡Hombre—replica la Iglesia de Infantín—, has caído por las alucinaciones de tu genio; somete tu juicio y salvarás de la miseria tu carne!»

Los sansimonianos ufánanse, en efecto, de destruir el pauperismo, lo que no es verdaderamente maravilloso, si se tiene en cuenta que exigen el sacrificio de la voluntad. Lo difícil es preservar á la vez de la caducidad el alma y el cuerpo, salvar en su plenitud la dignidad del hombre.

Por otra parte, ninguna aristocracia peor que la imaginada por los discípulos de Saint-Simón.

Después de todo, no castigando el cristianismo al hombre caído más que en esta vida mortal, y siendo el proletariado, el trabajo servil y el pauperismo sólo accidentes de la fatalidad, que el juicio de Dios hace girar en torno de la expiación de las almas, permanece intacta, y en cierto modo inviolable, la mejor parte de nosotros mismos. Nunca abrigó el pensamiento cristiano la idea de que las almas fuesen desiguales en derechos; por el contrario, sustenta como principio que todos son iguales en Cristo y delante de Dios. No juzgando el sacerdote las almas, tampoco clasifica á los vivientes según sus capacidades; limitase á aceptar como manifestación providencial el azar del nacimiento y de las posiciones sociales, é impone al rico, en su consecuencia, la caridad y al pobre la resignación.

En el sistema sansimoniano afirmase todo lo contrario. El hombre es herido en su corazón, en

su alma, en su espíritu, en su inteligencia, en su esencia; es la regeneración del *yo*, en su parte más íntima, una archidegeneración, una degeneración que afecta al hombre antes de su concepción en el seno materno, y que comienza con la emanación de las almas en el primer acto del pensamiento divino.

Si somos pobres por necesidad, por accidente ó por decreto de la Providencia, podemos resignarnos pensando que al fin y al cabo esto no afecta más que al exterior de nuestro ser, á la superficie de nuestras personas: resignándonos, sentimos que somos, por nuestra resignación y nuestra abnegación, los más virtuosos de nuestros hermanos.

Empero que un sacerdote, M. Infantín y su esposa, M. Lambert ó cualquier otro, hombres á quienes queremos honrar según se merecen, se permitan tarifar nuestra capacidad, indicándonos en su consecuencia nuestro puesto en el mundo y regulando hasta nuestro alimento, mientras que ellos adjudicase millones: esto, decimos, es sencillamente irritante é intolerable; si hubiéramos tenido el honor de vivir en la comunión sansimoniana, nuestro principal objetivo habría sido adular al Pontífice.

Cabe formular análogas observaciones acerca de la *religión positiva* de Augusto Comte, que en nombre del *verdadero gran Ser humanitario* niega *a priori* la Justicia, plantea como principio la abnegación y absorbe el individuo en el organismo colectivo, transformado en Dios y ejerciendo todos

los derechos; acerca del deísmo de los ecléticos, y en particular acerca del de Julio Simón, que erige igualmente en principio el *deber* y traslada el derecho á Dios, substancia y sujeto de la Justicia; por último, sobre toda concepción religiosa ó social, que sea además teísta, panteísta ó atea, que para determinar las relaciones del hombre con sus semejantes invoca un principio anterior, superior ó exterior al hombre.

Estas teorías implican degeneración de la humanidad, y lo que se antojará todavía más extraño teniendo en cuenta sus pretensiones de racionalismo, comprenden la idea de Cristo, es decir, de una encarnación divina.

Breves reflexiones sobre este punto antes de cerrar el presente capítulo.

V

La crítica moderna ha bromeado lindamente sobre la manera algo brusca como que el Concilio de Nicea promulgó el gran dogma cristiano; singularmente la controversia acerca del *homousios* ú *homoiousios*, ha suministrado materia á donosas burlas. Nótese, no obstante, que si en alguna ocasión hubo de parte de una asamblea humana un acto necesario y racional, fué la famosa constitución denominada *Símbolo de Nicea*.

He aquí la situación de los espíritus en el año 325, trece después de la conversión de Constantino, en cuya fecha sabemos muy bien á qué extremo llegó la degeneración del cristianismo y del imperio romano:

La antigua religión había caído en el descrédito más espantoso; no había dioses.

Ahora bien; la Humanidad creía profundamente en Dios; no podía prescindir de Él.

Este Dios todavía ignoto debía ser la expresión del pensamiento general sobre el soberano bien, la Naturaleza del alma, el principio de la Justicia, el origen del mal, la redención, la santificación y el fin del hombre.

Era menester, conforme hemos dicho anteriormente, que este Dios fuese sujeto de la Justicia y Verbo, y además que fuese redentor y víctima, y por ende, que fuera hombre.

Precisaba tanto más que este Dios fuese hombre, un ser viviente, personal, amante, doliente, visible, palpable, que en todo estado de causa la religión exige para su propia realidad que el Ser divino surja de la abstracción, que se realice, se personifique, se produzca y se encarne en una manifestación accesible á todas nuestras facultades.

Los pueblos habían creído en Júpiter, en Venus, en Apolo, en Serapis y en Mithra; cabía que se les considerase ateos si les hubiéramos visto reducirse á un dios metafísico, como el *Novg*, de Anaxágoras. «El deísmo—asevera muy justamente Bos-

suet—, soportable como hipótesis filosófica en la práctica, es un ateísmo encubierto.»

En resumen: la divinidad de Cristo era la condición *sine qua non* de la existencia del cristianismo.

Con Arrio, Cristo volvía á ser un hombre, un profeta, un revelador de la familia de Moisés, de Zoroastro, de Orfeo. Pedíase un Dios.

El Concilio donó este Dios: obrando de tal suerte realizó un acto de alta política, de suprema inteligencia y de un verdadero sentido religioso. La ignorancia de que se acusa á los obispos del partido ortodoxo fué aquí más sabia, más lógica, más leal y demostró más genio que Arrio y todos sus secuaces.

El acuerdo de Nicea fué la conclusión legítima de la elaboración gnóstica, que muy anteriormente á la aparición del Mesías agitaba el problema de su divinidad. «Cuanto más nos remontamos á la tradición—observa Arrio—, tanto más vemos debilitarse esta opinión», y el heresiarca deduce de esta ruina retrospectiva un argumento de su falsedad. Empero ese fenómeno demostraba justamente que cuanto más se desvanecía el paganismo ante la religión de Cristo, tanto más urgente se tornaba una novísima realización de la esencia divina; tanto más luminosa aparece bajo esta exigencia de los espíritus la nota trascendental de Cristo, supuesta desde hacia seis ó siete siglos y poco á poco afirmada.

Era, pues, necesario de toda necesidad, frente á un ateísmo general, que el mesías Jesús, oriundo de Galilea, crucificado bajo Poncio Pilato, sin perder su carácter de hombre, fuese reconocido Dios; que su madre fuese denominada *madre de Dios*; que en Él se hallasen reunidas dos naturalezas y dos voluntades, no en el sentido de que fuera mitad hombre y mitad Dios, sino en la acepción de que acumulase en su integridad las dos naturalezas, humana y divina. El paganismo adoraba *semi-dioses*, ingenuidad teológica que el cristianismo corrigió con energía y autoridad inventando el HOMBRE-DIOS.

Esto se os antojará insensato, druidas, partidarios de la metempsicosis y de la religión natural, que os reputáis filósofos. Empero os equivocáis; lo que ha ocurrido al cristianismo, acaecerá á toda Iglesia fundada sobre una concepción metafísica del gran Ser, y que sepa, con lógica y convicción, deducir su tesis. Tarde ó temprano, esta Iglesia, falsamente espiritualista, será forzada á *realizar* su concepto y esculpirse un Dios en la carne, so pena de desvanecerse en la nada.

Así hase formado el politeísmo ó idolatría; así el jehovismo abocó al mesianismo, del que el mahometismo no es más que una degeneración; así, desde el establecimiento del cristianismo hasta el presente, se ha visto en diversas épocas á correligionarios exaltados sacrificarse por Cristo, otros por Paráclito, y todos, de buen grado, por Dios.

La razón de este fenómeno reside en nuestra potencia antropomórfica ó facultad de realizar, en cuerpo y en alma, la Divinidad.

Estudiad el deísmo de Cousin, de los Escoceses ó de Julio Simón; el trabajo de realización está ya efectuado á medias. ¿No es su Dios viviente, personal, voluntario, sabio, previsor, gobernante, juez, vengador y remunerador? Tiene una vida, un alma, una conciencia, un amor, una libertad; ¿qué le falta? ¿Un cuerpo? En realidad de verdad, esto importa poco. Spinoza, discípulo de Descartes, ha demostrado geoméricamente que el espíritu y la materia son los dos modos de la substancia divina. Empero todavía no habéis refutado á Spinoza.

Pretender que el ser de Dios, ó lo que es igual, su concepto, se reduzca, se condense á la condición de espíritu puro, vale tanto como afirmar que la materia es extraña á la naturaleza divina; sábese, por consiguiente, en qué consiste esta naturaleza y esta materia, lo que es un cuerpo y lo que es un espíritu: pretensiones todas altamente impertinentes.

VI

El dogma de la Encarnación, propagado y popularizado entre los siglos I á IV de nuestra era, parecía por su naturaleza dignificar singularmente nuestra especie y colmarla de orgullo. Mas la Encarnación era el correlativo de la caída, cuyo

sentimiento, pesando sobre las almas, les causó mortal tristeza. El Apóstol da fe de ello: «Sabemos —dice— que toda criatura gime y se halla condenada al trabajo: *Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc.*» (Rom., VIII, 22.) Y en otro pasaje: «La desolación del siglo causa la muerte: *Sæculi tristitia mortem operatur.*» (II, Cor., VII, 10.)

¿Existe, en efecto, algo más terrible que una doctrina cuyo principio capital afirma que no hay, entre los humanos, un alma á fondo honesta; que la Justicia es extraña á este mundo miserable; que la virtud no es patrimonio de la humanidad, y otros absurdos de devota misantropía? ¿Qué aguardar, para la reforma de las costumbres, de tamaña declaración de indignidad universal? En vez de librarnos del abismo, ¿no nos precipita más y más?

También nosotros, generación del siglo XIX, hemos apurado el furor de las revoluciones, la idiotéz de las masas, la insolencia de los déspotas, el encono de los partidos, el egoísmo de los explotadores, la manía gubernamental y reglamentaria. Asistimos á la hecatombe de nuestras costumbres. Y como en tiempo de los Césares, no faltan predicadores, neocristianos, ex cristianos, materialistas, espiritualistas, panteístas y ateos, para invitarnos á rehacer una religión y un ídolo, supuesto que nada bueno podemos esperar de nosotros mismos, siendo tan perversos é imbéciles. ¡Cuánto nos ha sorprendido ver á hombres que se titulaban revo-

lucionarios ofrecer á guisa de consuelo á sus atribulados amigos esta triste tesis!

Es preciso un nuevo culto, son precisos nuevos deberes, es preciso un nuevo dios para el ciego universo.

La democracia sustenta hoy la doctrina de Mahoma. ¡Como si el dogma de la caída, como si la idea religiosa no hubiera llegado á ser, para Europa entera, el lema de orden de la misma contrarrevolución! ¡Como si los que, á raíz de 1848, vocearon con más bríos contra la canalla humana no fueran precisamente los más viles y depravados!

Tranquilizaos, druida, mago, bracman ó lo que seáis: la Revolución que habéis defendido, aparentemente sin comprenderla, es la sal que, sin otra invocación, nos preserva de la podredumbre final, el fermento inmortal que vigoriza á nuestra virtud. La contrarrevolución triunfante nos libra mientras puede de tamaña ignominia; las naciones sucumben, y la vieja Francia padece, de algún tiempo acá, profundo letargo: empero una tercera fase religiosa es imposible. Vosotros mismos lo reconocéis: en lo sucesivo, sólo una filosofía positiva puede hablar á la razón de los pueblos. Empero quien dice filosofía, análisis, demostración, excluye el misterio, y por ende, el respeto, *religionem*; porque sin el respeto, la idea teológica tórnase ajena á la moral, y el dogma de la caída carece de razón suficiente, es un contrasentido.

Cada uno de nuestros progresos es el fruto del

tiempo y llega con la congruente oportunidad. Así la institución cristiana; así la institución politeísta dos mil años antes del nacimiento de Cristo; así la institución de la libertad, engendrada por la Revolución francesa.

¿Ha sonado, por tanto, la hora de la libertad, según todas las analogías de la historia inducen á creer? He aquí precisamente el punto capital de la cuestión. Lógicamente, la Iglesia lo niega, haciendo honor á la fe de sus promesas; nosotros lo afirmamos, apoyándonos sobre consideraciones de otro género, que expondremos en el capítulo siguiente.
